

LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

A la memoria del eminente pintor D. Vicente Lopez. En el album de mi hermana, poesia por D.^a Francisca Carlota del Riego y Pica.—El sol en occidente, poesia por la misma señora.—Ya pareció aquello, por Pepe.—Serenata; por D. Francisco Maria Tusquets.—La soledad, romance (traduccion del ingles) por Z.—El Bengall, leyenda china, en verso, por D. José C. Bruna.—A E. V. y V., poesia por X.—Solucion á la charada inserta en el número anterior.—Charada.

A LA MEMORIA

DEL EMINENTE PINTOR D. VICENTE LOPEZ,

EN EL ALBUM DE MI HERMANA.

¿ Quien mejor que á tí dulce consuelo,
en cuya frente el claro génio brilla
y en cuya mano con ferviente anhelo
no da tregua al pincel, esta sencilla

Franca, leal y sincera alabanza
pudiera dedicar? Lopez divino
tu preceptor no fué? y á tu esperanza
no abrió con sus lecciones el camino?

Tu fuiste su discípula querida
y la última, quizá, que sus lecciones
recibiste, con alma agradecida
copiando sus postreras concepciones.

Yo que mil veces te miré exaltada
ante los grandes cuadros del maestro
y al mirar tu entusiasmo arrebatada
sentí cobrar vigor al débil estro,

Quiero unir á su nombre esclarecido
de mi modesta hermana, el débil nombre,
que el recuerdo de un pecho agradecido
tributo es digno de ofrecerse al hombre.

Mas ay! como podrá la lira mia
describir el valor de aquel anciano
ni de su octogenaria fantasia
el vivo fuego y el vigor lozano?

Ahi sus obras están, mas elocuentes
que mi cansada voz, al mundo admiran,
ahi están sus celajes transparentes
la blancas nubes que á su impulso jiran.

Ahi están sus retratos arrogantes,
cuya verdad el pensamiento asombra,
ahi están de riqueza deslumbrantes
hollando altivos la lijera alfombra.

Sus claros ojos, con verdad nos miran,
de su arteria contamos los latidos
y sentimos el aire que respiran
resbalar por sus lábios comprimidos.

El sol, deslumbra nuestra vista incierta
y nos presta calor, si en lienzos bellos,
á darle vida su pincel acierta
atrevido copiando sus destellos.

Ó ya el aura que juega entre el follaje
dando á las arrogantes flores, vida
se desprende galana del ramaje
y besa nuestra sien desvanecida.

¡Que riqueza en el bello colorido!
¡Que gracia en los detalles! ¡que frescura,
qué entonación, que vida, que sentido,
cuanta gala, que encantos, que hermosura!

Suya era el alba, con celajes de oro,
suya, del sol la fulgurante lumbre,
suyo, de los arcángeles el coro
que le elevaron á la escelsa cumbre.

Suyo el verjél de perfumadas flores,
suya la vega amena y bosque humbrio,
de las mártires santas, los dolores
y del mugiente mar, el poderio.

Presta, divino Lopez, á mi acento
el fuego que animó tu fantasía
la luz que iluminara tu talento
el entusiasmo que en tu pecho ardía.

Masay! que hoy yerta y fría está la mano,
que grandes concepciones atrevida
hizo al pincel brotar, y al soberano,
ingenio creador le falta vida.

Cedió al fin al cansancio el alma fuerte,
voló altiva á ganar la inmensa altura
y al poderoso imperio de la muerte
cedió la flaca y débil criatura.

Pero Dios un favor concede al hombre
en cuya mente sus destellos lanza:
conquistar inmortal, eterno un nombre,
del tiempo superior á la mudanza.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.
Madrid.

EL SOL EN OCCIDENTE.

Baña rosada luz el horizonte,
modula el ave misterioso canto,
el sol se pierde tras el alto monte
y la noche descorre el negro manto,

Su ruido acrece el magestuoso río,
blanda la brisa la enramada oreja,
y al ocultarse en el follage humbrio
himnos de amor, el ruiseñor gorgea.

Ya no puede la vista fatigada
ver del ardiente sol los resplandores,
ni la brillante nube nacarada
que vierte aljofar en las gayas flores.

Un momento no mas y el bello espacio,
envuelto entre las sombras y el misterio,
sus brillantes matices de topacio
cederá con dolor á otro emisferio.

Ya del alto zenit clara y luciente,
suspendida cual lámpara oscilante,
muestra la luna el disco trasparente,
y su carrera audaz sigue anhelante.

En vano avanza altiva y magestuosa
precedida del plácido lucero,
por contemplar tu cabellera hermosa
y de tu frente, el resplandor postrero.

Que oculto ya tras la elevada cumbre
tu rojo tornasol se muestra apenas,
y apenas una pálida vislumbre
colora el mundo, que arrogante llenas.

Y esas nubes que, en jiro caprichoso,
cruzan el azulado firmamento,
ese matiz de rosa vaporoso
esos celajes que disipa el viento,

Ese vibrar del címbalo sonoro,
que á la oración el pensamiento llama
y de esas aves el alegre coro
que en amor celestial el pecho inflama;

¿Qué fueran, di, sin tus matices rojos,
sin los suspiros de ese manso viento
que hacen brotar raudales á los ojos
y altiva inspiración al pensamiento?

Dulce es mirar tu faz resplandeciente
en el espacio azul, claro y sereno,
puro como las flores del oriente
que abren su cáliz de fragancia lleno.

Mas cuan bella es tambien tu luz postrera
cuando te ocultas tras el alto monte,
y en luz bañando la tranquila esfera
tiñes de rojo fuego el horizonte.

A tu postrera y plácida mirada
la tierra se conmueve de embeleso,
y recibe de amor embriagada
tu delirante y fugitivo beso.

La brisa juega entre las gayas flores,
su ruido acrece el magestuoso rio,
y modulando cántiga de amores
se oculta el ave en el ramaje humbrio.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

Madrid.

YA PARECIÓ AQUELLO.

*Introduccion.—La Cruz de Mayo.—Rigoletto.—Entre
acto y acto D. Emeterio critica algunas cosillas
y defiende los toros.*

Tiempo hacia que D. Emeterio demoraba en su pueblo y que yo, por consiguiente, pasaba la vida de los ángeles en la tierra.

Solo me habia escrito dos ó tres veces para decirme que no pusiera su nombre á la moderna, esto es, sin H, y otras dos ó tres para darme parte del enlace de uno de sus hijos, pero jamás me habia escrito que volveria á visitarme, cuando hé aquí que el otro día se me entra por las puertas como Pedro por su casa.

Su objeto es venir á tomar los baños de mar y no encontrando habitacion mas cómoda y fresca que la mia, ha tomado posesion de ella con la familiaridad y franqueza que le distingue.

—Nada—me dijo al entrar—nada de incomodarse por mi causa; yo duermo en cualquier parte y como cualquier cosa. Desengáñese V., D. Pepe, nosotros los hombres de campo estamos hechos de hierro;

Y á fé que no miente, pues mi pobre cama cruje que es un *disgusto* cuando el tal amigo se deja caer sobre ella.

El lector dirá, y con razon al parecer, que como me atrevo á hacer estas aclaraciones cuando luego el interesado puede leer el periódico y echármelas en cara; mas este es un error del que lea, porque mi amigo, como muchos otros que no son mis amigos, creen que LA CARIDAD ha muerto.

Siguiendo mi narracion, conviene decir que el dia tres nos saquearon los bolsillos á nombre de la Cruz de Mayo.

Mi huésped, que es hombre poco aficionado á dar, como no sea las gracias, sudaba cada vez que le sacaban un ochavo; en cuanto á mí, ningun sentimiento me atormentaba, pues careciendo de dineros, inútilmente se me ponian delante los chiquillos estorbándonos el paso con sus constantes clamoreos.

Por la tarde le llevé á la Alameda y por la noche se empeñó en ir al teatro principal convidándome á la tertulia.

Puestos de guantes y peinados á lo pollo, salimos de mi casa y penetramos en dicho teatro.

Eran las siete y media y llegamos sudando, en la creencia de no poder disfrutar de todo el espectáculo, sin embargo tuvimos la dicha de ser los primeros.

La ópera que se representaba esa noche es la del maestro Verdi conocida con el nombre de *Rigoletto*.

Muy poco despues de las ocho empezó la introduccion y á renglon seguido los cantantes.

Durante todo el primer acto D. Emeterio no quitó los ojos de la escena.

Al echarse el telon me dijo:

—Sabe V., D. Pepe, que no he entendido una palabra de cuanto han dicho.

—No es extraño—le dije—porque hablan en un idioma que V. no posee.

—Mire V. una cosa que yo prohibia—continuó sin hacer caso de los tirones de levita que yo le daba para que no alzase la voz—¿por qué no han de hablar en español estando en España?

—¿Qué le parece á V. el aspecto que presenta el teatro? le dije mudando de conversacion.

—Soberbio amigo mio, soberbio; mire V. aquella niña de aquel palco que ojos tiene; lástima que los dirija al patio sin hacer caso de nosotros los tertulianos; pues mire V. aquella otra..... traiga V. los anteojos, D. Pepe; á ver..... á ver..... como charla con el pollo de patillas que tiene al lado. Pues calle V. que ya que tengo los lentes voy á ver las jóvenes de la cazuela. ¡Qué pronto lo han notado! Mire V. como se ponen los abanicos por la cara; sin embargo, aquella del cabello rubio, no se ha apercebido de ello; ya se vé, que ha de no-

tar si tiene los ojos fijos en el palco donde está el joven de las pastillas. Aquella si que es bonita; lástima que se haya ido tan alto; qué ojos, qué labios, qué sonrisa....

Y así continuó hasta que tres campanadas le hicieron volver en si y fijar sus ojos y su atención en la escena principal de todas las escenas del teatro.

Pero como no entendia palabra y sus oidos no eran todo lo delicado que se requiere, para saborear una ópera, se puso á criticar de una manera algo exagerada.

—Ese parque, ó patio, ó lo que sea que se vé á la izquierda, —decia— parece hecho de retazos y amenaza ruina. En este teatro el dia y la noche llegan como soplos; todo se oscurece de pronto y de pronto todo se aclara. Esos coros debian tener mas soltura.

Y yo le contestaba:

—Todo es muy cierto; pero en cambio; la Sra. De Roissi que es esa que ha cantado ahora, lo ha hecho con una gran limpieza y facilidad; el Sr. Paccini, que es el que hace de su padre, ha estado muy bien en su papel y el tenor, Sr. Tagliavucchi me ha agradado mucho en el duo.

—Dispenseme V., D. Pepe, si contradigo su antigua creencia, pero por muy bien que canten y por buena que sea la música como la de ese señor Verde, yo prefiero una corrida de toros á estos cantares.

La sangre se me subió á la cabeza y nuestros con *tertulianos* mostraron en sus labios una sonrisa burlona.

—Si señor, —continuó el asesino del buengusto — En una corrida de toros se goza, y á cada momento se sienten nuevas emociones que satisfacen y deleitan... si aun viviera LA CARIDAD yo le responderia en ella al *Imparcial*, al *Correo* y al *Avisador* que tan injusta y cruelmente las tratan. ¡Bien por los toros! Los españoles, como yo, no podemos vivir sin esas fuertes impresiones, como VV. no pueden pasar sin esas dulces armonias que á mi me saben muy amargas ó, mejor dicho, me sirven de adormideras.

—D. Emeterio —le dije— siquiera por quien nos oye, modérese V. en lo que dice: comparar las óperas con los toros, es comparar el sol con la oscuridad, los sentimientos dulces del alma con los brutales sentimientos de la materia, y en la línea de espectáculos, es como comparar la mala trompetilla de feria con las mejores bandas de música. El que no se siente dulcemente conmovido por los encantos de una buena ópera, ó tiene embotada la sensibilidad ó carece de sentimientos. El *Avisador*, el *Correo* y el *Imparcial* han demostrado como la casi unanimidad de los periódicos de España y muchos estrangeros, la inmoralidad que llevan

consigo esas mal llamadas diversiones y han cumplido con su deber.

La tercer campanada dió el aviso de que iba á comenzar el tercer acto.

Ya D. Emeterio estaba de mal talante y nada le pareció bien.

Llegó el cuarto y poco despues de empezado vi que sus ojos se animaron y que exclamó lleno de placer:

—Esto es la *dona mobile*?

—Si señor.

—Vea V. una cosa que me agrada.

—Pues mañana si V. volviera le gustaria mas toda la ópera, pasado mas, el otro mas, y poco á poco seria V. uno de los mas grandes encomiadores de lo que hoy detracta.

—Tal vez; ¿pero qué quiere decir esa copla?

—Esa cancion, amigo mio, que se conoce generalmente con el titulo de

La donna è mobile

quiere decir en castellano que la muger muda tan fácilmente de palabras y pensamientos como muda de posiciones la pluma que está á merced del aire. y que, por consiguiente, infeliz de aquel que le confia su corazon y su amor. Esta es la idea de esa cancion que entona un hombre hastiado del verdadero amor, porque entre las mugeres como entre los hombres, hay muchísimos que una vez dada su palabra no la retiran jamás sin un motivo plausible, y que saben neutralizar esa fragilidad innata, hija de Adán y Eva, con las buenas prácticas de la virtud y los sabios consejos de la verdadera educacion.

En estas reflexiones estábamos cuando llegó el final del acto y por consiguiente la muerte de la joven hija de Rigoletto.

Este acto no desmereció en nada á los anteriores, solo disgustó á D. Emeterio y á mí la tempestad, en la que vientos, relámpagos y truenos deben hacerse con alguna mas propiedad.

Pisando vestidos y dando resbalones llegamos á la puerta y pasamos por medio de dos murallas de gente que aguardaban ver salir á las bellas, ó esperaban á sus respectivas familias.

Las calles estaban infernales; montones de basura, cazuelas rotas, piedras levantadas, bocas de madres abiertas, faroles apagados y que se yó cuantos mas primores.

Llegamos á casa y como hace tiempo no acostumbro á cenar, esperé á que D. Emeterio lo hiciera y acto continuo me entregué al sueño despues de haber consignado lo ocurrido en algunas cuartillas de papel.

PEPE.

SERENATA.

Niña hechicera,
escucha mis suspiros,
sal á tus rejas.

Es amor en el triste
mundo de llanto,
bella flor que entre abrojos
alza tu tallo;
su aroma, niña,
al aire que aspiramos
presta la vida.

Amor cantan las aves
en la espesura
y entre juncias del río
las linfas puras;
amores cantan,
de los altivos mares
las ondas claras.

Los plácidos murmullos
que el bosque pueblan
y ya giran alegres,
ó tristes suenan,
forman las voces
conque enamora el céfiro
las gayas flores.

Los rayos melancólicos
de luna bella,
el brillar dulce y ténue
de las estrellas
que tristes vagan,
al corazón tan solo
de amores hablan.....

Yo te adoro ángel mío,
como las linfas
á las juncias que crecen
en las orillas;
como el gilguero
los alegres pensiles
y el bosque ameno.

Por tí yo menosprecio
los goces vanos
con que nos brinda el mundo,
falso tirano,
que miente dichas
para darnos tan solo
duras espinas.

¿Qué importan á mi alma
sus olopeles,
los impuros amores
de sus mujeres,
y qué me importan
sus lúbricos festines,
sus torpes glorias...?

Solamente yo anhele,
niña hechicera,
tu amor y la corona
de los poetas;
y esta la quiero
por rendirla á tus plantas,
mi dulce dueño!

Que es amor en el triste
mundo de llanto,
bella flor que entre abrojos
alza su tallo;
su aroma, niña,
al aire que aspiramos
presta la vida!....

...Mas ¡ay! que tu no escuchas
mis tristes quejas,
pues la muerte en tu alma
solo se alberga
y á mi cariño
solo contesta el eco
de tus suspiros!

Perdona sin han turbado
mis serenatas
el llanto que tus penas
quizá endulzaba;
que en mi agonía
de hoy mas yacerá muda
mi pobre lira...!



¿Cómo, triste, he podido
amor pedirte,
cuando en tus ansias niña,
gimiendo vives!
cómo has de darme
la dicha, si en tu pecho
solo hay pesares!....

...¡Adios, que ya entre nubes
de azul y nácar,
del sol brillante asoma
la faz galana!
parto, alma mía,
mas partó con el alma
de muerte herida.

Porque en vano he pasado
noches enteras
llorando mis amores
junto á tus rejas;
que á mi cariño
tan solo has contestado
con tus suspiros!!...

FRANCISCO MARIA TUSQUETS.

Barcelona.

LA SOLEDAD.

(TRADUCIDO DEL INGLES.)

No corren silenciosas
mis lágrimas amargas
porque la adversa suerte
con su rigor me trata;
ni tienen mis sollozos,
mis suspiros, mis ansias,
ese móvil: si lloro,
si se aflige mi alma,
es porque solo vivo
en soledad que espanta.
Los bosques y los valles
recorro en grata holganza,
cuando á su hogar rendido
el labrador se marcha;
ó al estanque me acerco,
y desde la enramada
allí prócsimo, miro
de las estrellas pálidas
el reflejo en el seno
de las tranquilas aguas.

Pero, observo á la noche
que en el silencio avanza,
que armoniosa suspira
con sus inquietas auras,
y mi espíritu entonces
otro rumbo se traza,
y angustiado suspira
en soledad amarga.
Del otoño la hoja.
mústia, yerta, tostada,
sin voluntad, sin norte,
flota sobre las aguas.
¡Que yo no fuese un hoja!
¿y así no recordara
al morir el suspiro
doloroso del alma?

Cuando estoy libre y quiero
sonreír, á nadie hallan
mis ojos en quien puedan
depositar sus ansias.
Cuando suspiro, nadie
sus suspiros me manda.
Sin embargo, en mis sueños
una forma se avanza
que me mira y sonríe,
que en mí piensa y me ama.
De sobresalto lleno
me despierto, y la nada
doquiera ven mis ojos,
velados por las lágrimas.
Una vision ha sido,
triste se queda el alma,
y vivo sin consuelo
en soledad que espanta.

Z.

Málaga, abril 5.— Remitido.

EL BENGALI.

LEYENDA CHINA.

Al declinar de la tarde,
cuando el sol tibio escondía
su último espirante rayo
por los bosques de las Indias,
allí, oculto entre las ramas
y halagado por la brisa
cantaba el tierno Bengali
dulces canciones, divinas.
Los canóros ruiseñores
al oírle enmudecian;
las pintadas mariposas,
por sus ayes conmovidas,

sobre las flores posadas
 sus tiernas alas batian;
 y las flores encantadas
 daban su esencia y su vida
 por escuchar del Bengáli
 la celestial armonía.
 El Bengáli amó á una rosa
 que apenas contaba un día;
 blanca, como las espumas
 que el manso arroyuelo riza,
 pura como la azucena,
 y como pura divina.
 Todos sus cantos á ella
 el Bengáli dirigía:
 ya alegres y bulliciosos
 como ilusiones queridas,
 ya tristes y melancólicos
 como cuando el sol espira.
 Mas viendo que ni los ayes
 ni suspiros conmovían
 á aquella flor adorada
 que muda á su voz yacía,
 tímida el ave le dijo
 desde una planta vecina:
 — «A miles flores conozco
 de hermosura singular;
 unas, como el cielo, azules,
 otras, rojas cual coral;
 flores que á orillas del río
 lozanas se ven brotar,
 y que les sirve de espejo
 aquel líquido cristal;
 otras que en espeso bosque
 van sus hojas á ocultar;
 otras que crecen mecidas
 á impulsos del huracán;
 otras que viven hermosas
 en las orillas del mar,
 y que al merino que parte
 dulces aromas le dan;
 mas ¡ay! la flor perfumada,
 la roja como el coral,
 las que habitan en los ríos,
 la que viven junto al mar,
 no son como tú, tan bellas,
 ni pueden nunca igualar
 á tu perfume y pureza,
 tu hermosura y castidad...
 ámame... que sin tu amor
 el Bengáli morirá.»
 — «Pero ¿y tus alas? (temblando
 la casta rosa añadió)
 el ave vuela, Bengáli,
 mas ¡ay! no vuela la flor.
 Tu cuando beses mi cáliz
 olvidarás tu pasión,

dejándome abandonada
 entre el desden y el dolor.»
 — «Para un corazón que ama
 cual ama mi corazón,
 el amor no tiene alas»
 dijo el ave y suspiró.

Y aquel amante suspiró
 en la rosa penetró,
 y su divina corola
 para el Bengáli se abrió.

Llegó la noche, multitud de estrellas
 la esfera de los mundos alumbró,
 y en el silencio presenciaron ellas
 los amores del ave y de la flor.
 El aura en torno de la inquieta rosa
 sus pétalos mecía,
 y ella encantada y como nunca hermosa,
 estrechaba en su cáliz al cantor,
 Mas ¡ah! la aurora del siguiente día
 sus luces esparció,
 y ya la flor, marchita consumía
 el postrer bien de amor.
 — «Génios del aire» (esclamó el Bengáli)
 «privadme para siempre de mi voz
 con tal que mi querida rosa blanca
 aun vea mañana despuntar el sol.»
 — «Oh no: no: (murmuró la flor muriente)
 vive tú para amar,
 me adorastes, Bengáli, y fui dichosa:
 ¡cuántas sin este goce morirán!
 Vive, vive feliz, tu voz hermosa
 dentro de poco encantaré á otra flor...
 adios, Bengáli,» y la tierna rosa
 espiró pronunciando «adios... adios»

Ha dos mil años que la rosa ha muerto;
 el Bengáli jamás ha vuelto á amar;
 su corazón no es ya mas que un recuerdo,
 un gemido su voz es nada mas.

JOSE C. BRUNA.



A C. V. y V.

Si de un pecho que te adora
 llega, hermosa, hasta tu oído
 el eco triste y sentido

en doliente vibracion,
compasiva la su cuita
en tu regazo recibe,
que quien solo por ti vive
perdió por tí la razon.

De la vida el torbellino
cruzó mi planta insegura
y en áras de la hermosura
dó quier incienso ofrecí,
mas, cual disipa la niebla
el astro bello del día,
mis ensueños, alma mía,
yo olvidé cuando te ví.

Deslumbrado por el fuego
de esa llama concentrada
que, irradiando en tu mirada,
presagia vivo placer,
te juzgaba en mi delirio
envuelta en opaca nube,
ya un angélico querube,
ya ficcion de Lucifer.

El eco dulce, argentino
de tu voz, que en mi alma vibra,
conmovió la oculta fibra
de mi amante corazon;
y en pos ¡ay! de tu recuerdo
vuela ya mi mente inquieta,
como el alma del poeta
tras la vaga inspiracion.

De la alta noche callada
siempre ante mis ojos veo
á la luz de mi deseo
en un insomnio mortal,
tu sedosa cabellera,
tu megilla purpurina,
tu garganta alabastrina
y tus labios de coral.

De tu belleza el recuerdo,
que con mi ilusion alienta,
hora solo me presenta
cual terrible maldicion

blanca nieve á mis cabellos
á mi pecho lava hirviente,

temprana arruga á mi frente,
honda duda á mi razon.

Mi vida entera daria
si, realizando mi anhelo,
de tu mente el denso velo
pudiese yo descorrer.

Tras ilusion seductora
con afan vivo y profundo,
pruébame tu que en el mundo
tambien ama la muger.

Adios, hermosa: ambiciono
que mi canto rudo y seco
alcanze en tu pecho el eco
de un doliente suspirar.

Dichoso yo si el acaso
hace brotar en tu mente
el pensamiento inocente
del misterio descifrar.

X

Málaga.

Solucion á la charada del número anterior.

Dice un moderno poeta
cuyo nombre aquí no importa,
que una muger sin amor
es una flor sin AROMA.

CHARADA.

- 1.^a y 2.^a. Es hembra de un animal
Que hace daño, y mucho mal.
3.^a y 4.^a. Le vé aquel que vista tiene
Y conoce cuando viene.
Todo. Es cualidad que poseo,
Y que jamás en mí veo.

ANGEL DE ZAPATA.

Málaga y Mayo

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cintería, n. 1 y 3.